

Cuando salimos de la casa y entramos nuevamente á la del Arzobispado, sonaba el alba en las iglesias. Un viente-cillo sutil nos hizo cubrirnos con nuestros abrigos y apresurar el paso.

— Ahora vamos á cenar, que creo nos lo hemos ganado, dijo jovialmente el jefe.

Y sacando de un armario vasos, botellas, servilletas y provisiones de boca, hizo dos platos, me pasó el mío y devoré mi ración.

— Retírese, me dispuso, y diga á Pedro, mi ordenanza, que duerme en la otra pieza, que si algo se ofrece, me llame. Aquí voy á descabezar un sueño en este sofá.

Y fuí á acostarme para soñar con arzobispos, tapadas, bienes eclesiásticos, revoluciones, privilegios, fueros y jamón en dulce.



CAPÍTULO VII

Un diez y seis de Septiembre. Los frailes conspiradores

QUE venga cualquier boquirrubio y me diga con su osadía y su falta de pudor acostumbrados, que tienen estos tiempos algo del colorido y la gracia de los en que me tocó la suerte de brillar, y le diré cuatro frescas al tal boquirrubio.

Si pidiéramos ahora que se sirviera un toro completo, asado al pastor, en una mesa puesta en la Alameda, para que todos los ciudadanos tuvieran derecho de tomar su tajada, y que enseguida fraternizaran el zapatero, el pintor de ollita y el hojalatero, con el Presidente de la República, dándole las manos llenas de nobilísimos callos y de pringue de la res, se reirían de nosotros las gentes y nos querrían mandar al manicomio.

Pues eso y nada menos que eso pasó el diez y seis de

Septiembre del año de desgracia de mil ochocientos cincuenta y seis; yo lo vi, tomé parte en ello y gocé grandemente.

El banquete fué á buena hora; la concurrencia que asistió, grandísima; el placer y el buen humor, enormes. Como siempre, se había anunciado que se mataría á Comonfort en pleno festín; pero, como siempre, él se había reído de los avisos.

— Si me asesinan, decía con estoicidad, ¡cómo ha de ser! moriré en mi puesto.

— Nuestros partidos políticos no asesinan, exclamaba en otras ocasiones. Los pocos desalmados que quisieran cometer un crimen, no se atreven.

A las dos de la tarde se presentó en la Alameda don Ignacio, estrechó la mano de tres ó cuatrocientos *honrados menestrales*, como se les llamaba entonces invariablemente, dijo unos cuantos brindis enalteciendo el trabajo y la función sagrada del obrero, y se despidió entre aplausos y vivas.

Al salir, topamos á Guillermo Prieto, á Juan Díaz Covarrubias y á Florencio del Castillo.

— Hermano, dijo Guillermo echándome los brazos, ¡qué espectáculo tan hermoso ha sido éste! Debe el Presidente de estar contentísimo, porque la verdad es que este pueblo le ha demostrado su cariño como con nadie lo había hecho.

— ¿Y qué tal de fiestas? pregunté.

— ¿Qué fiestas quieres que haya en medio del diluvio que se nos vino encima? Cuando el toldo de negras nubes apareció por el horizonte, los del retroceso se alegraron: creían que era la manifestación de que el cielo reprobaba nuestra alegría; yo la interpreté como el riego benéfico que el mismo cielo enviaba á nuestros campos secos y agostados.

— ¡Ah, qué Guillermo! interrumpió Castillo, tú siempre tan lírico.

— Pero la lluviecita al fin nos privó de la iluminación... A las oraciones estaba convertida la ciudad en un cementerio: tal cual candileja solitaria que ardía en el nicho de una torre, una que otra luz huérfana en una fachada, y el medio, ó el final de un letrero formado con lámparas, era lo único que se veía... En cambio mi imaginación llenaba con collares de mil colores las calles; los farolillos meciéndose de un hilo, con sus borlones rojos de seda, con sus flores y sus figuras fantásticas... Aquí encendía las portadas de los edificios públicos, cargadas de simétricos vasos de colores, colgando en festones, suspendiéndose en grupos, culebreando en las canales y cornisas como flecos de profusos cortinajes... ¡Qué lástima, qué lástima no haberlo visto! Habrían sido galerías, naves de templos, pirámides de luz en las torres de la ciudad; lagos de llama en las multiplicadas luminarias, y un jardín de

hadas, de ondinas y de encantadoras en nuestra Alameda deliciosa...

— Bien hablado, dije yo.

— ¡Jesús, atajen á ese! gritó Castillo.

— Pero no creas que la fiesta se echó á perder, dijo Covarrubias. En Nuevo México, ese teatro edificado en un barrio excéntrico, mitad Europa, mitad Tenochtitlán, en que se ven una fragua, un taller mecánico ó una carrocería, junto á una accesoria llena de muchachos héticos confinados y de comadres mechudas y mugrientas; en que se oye hablar simultáneamente en francés, inglés y otomí, en ese teatro se reunió la simpática juventud liberal que es nuestra esperanza... Tomó la palabra Pancho Arriaga, hijo del gran repúblico, y dijo un discurso precioso; luego habló Julián Montiel, y ¡qué versos nos echó!... Van á ver si recuerdo algunos:

Dios se propuso embellecer al mundo
Y allá en su mente soberana quiso,
De amor henchido y de saber profundo,
Hacer de nuestra patria un paraíso.
Su genio inmenso y á la vez fecundo
Con flores mil engalanó su piso,
Y al mismo plugo que al hacerlo fuera
La más hermosa que en el mundo hubiera.

Púsole un cielo transparente y puro,

Bellos celajes de carmín y gualda,
Altas montañas como fuerte muro,
Anchos jardines en su extensa falda.
Bosques soberbios cuyo fondo obscuro
Admiran en los campos de esmeralda,
Y con la luz de su eternal palacio
Le plugo iluminar el ancho espacio.

Pródigo siempre derramó á raudales,
Sobre su verde y matizada alfombra,
Cascadas de purísimos cristales,
Enhiestas palmas que le den su sombra;
Puso en su seno auríferos metales
Cuya riqueza proverbial asombra,
Y en medio de esta profusión, en suma,
El trono colocó de Moctezuma...

— Ripiositos ellos, interrumpí, y con un terrible defecto para mi gusto: eso de creer que tenemos el primer país del mundo, que no hay ríos, montañas, penínsulas, mares, cabos, istmos ni serranías, como las serranías, istmos, cabos, mares, penínsulas, montañas y ríos nuestros, es lo que nos ha impedido trabajar. Porque, es claro, si poseemos todos esos primores, no necesitamos más que alzar la mano y coger el dulce y sazonado fruto que las robustas encinas liberalmente nos brindan...

— ¿Y en el Nacional? me preguntó Guillermo.

— Oh, allá un discurso formidable, un discurso como para estas circunstancias. Joaquín Villalobos se tiró á fondo contra españoles y frailes, diciendo cosas atroces...

— Y bien que le ha de haber sabido á don Ignacio, que tiene adoración por su compadre Ajuria...

— Y á Siliceo, que se muere por su compadre don Juan de la Fuente.

— ¿Y después?

— Después se cantó el himno de Hertz; otro Villalobos, diputado por San Luis, dijo unas estrofas aladas, blancas, serenas, puras... Era el zurear de la paloma tras el desapacible ladrido del perro... Por fin, Florencio nos leyó el acta de la Independencia con devoción, con unción, deshilando las palabras, y el Presidente gritó vivas á la Independencia, agitando la bandera...

— ¿Y qué hay de conspiración?

— Friolera; que los señores curas estaban dispuestos una vez más á darnos un disgusto tremendo. Pasó á las nueve el capitán Pagaza por el atrio de San Francisco, y se encontró acurrucados, como resistiendo la lluvia, á quince ó veinte paisanos. Figurándose que tuvieran intenciones hostiles, los mandó aprehender y los llevó al cuartel del batallón Independencia. Al llegar, un capitán de apellido Carranco...

— Mal nombre; nombre de traidor...

— No sólo puso libres á los presos, sino que colocando

una pistola al pecho de Pagaza, le comunicó con toda reserva que estaba pronunciado. Afortunadamente, nadie en el cuerpo quiso seguir al vil Carranco, y la situación se salvó.

— Yo, dijo Covarrubias, recorrí el convento en com-



pañía de Baz, y allí aprehendimos al padre Lacona, á Fray Alonso Magna Gracia, á Banté y al presbítero Rosales.

— ¿Y qué hallaron?

— Casi nada; en los cajones de la sacristía, donde se guardan de costumbre ornamentos y ropa de Iglesia, encontramos, todavía empacaditos, más de trescientos fusiles nuevos, con la marca de fábrica flamante; varios quintales de pólvora; unos cuantos miles de cartuchos y cincuenta ó sesenta sables de caballería...

— ¡Qué barbaridad...!

— Aguarden ustedes; en el convento nadie dormía, á excepción de un fraile chocho que no ve, oye ni entiende, y de un padrecito á quien he visto con La Llana.

— ¿El padre Huerta?

— El mismo. En cambio había hasta veintiún individuos encerrados en la celda de Lacona, y en la de Magna Gracia estaban los tres hermanos Baridón...

— Ya hace muchos días que se hablaba de juntas misteriosas en San Agustín y Santo Domingo, y se decía que esas reuniones se daban la mano con otra que había en la calle de Medinas...

— Yo quisiera que cogieran al farsante del padre Angel, que recorre los barrios excitando las gentes á la rebelión...

— Y yo que le echaran guante al padre Miranda, que es el alma de estas cosas.

— Pero es tan listo, que antes cogerán la primer camisa que se puso Baz.

— No es eso; es que el Presidente teme que, si le echa garra, no baste todo su prestigio para salvar al Padre del furor del pueblo.

— Dicen que estaba al frente del movimiento, don Florencio Villarréal.

— ¿El de Ayutla?

— ¿El de Costa Chica?

— El mismo que viste y calza.

— No es creíble.

— De ese sujeto todo es creíble.

— ¿Y cómo se supo?

— Se lo comunicó á don Ignacio una señora amiga suya.

— ¿Señora? ¿Pero qué señora tiene conocimiento de estos líos?

— Todas; pero capaz de un rasgo así no hay ninguna.

— Cuentan que se va á derribar el convento de San Francisco y á abrirse una calle nueva que se llamará de la Independencia, dejando libre el Callejón de Dolores.

— Es cosa hecha, repuso Prieto; he leído la minuta de ley.

— Mejor, exclamó Castillo; hoy he visto el convento, y la verdad es que aquello da lástima. Polvo, suciedad, desaseo, todo menos forma de casa.

— Es que no se puede conspirar y andar en la procesión.

— La Biblioteca, que contiene tesoros bibliográficos, manuscritos preciosos, crónicas de conventos insustituibles por su valor, desde hace cuatro años no se abría. La cerradura estaba enmohecida, la llave no jugaba dentro de ella; un montón de pergaminos atrancaba las puertas: eran colecciones de concilios... En un rincón yacían recopilados sin orden, infolios, elzevires pequeñitos, tomos

desencuadrados... Una crónica carecía de todas las hojas del principio; un incunable estaba casi destruído por la *broca*; un original de Sahagún, borrado por el agua... Habían caído goteras é inundado todo el piso; una viga estaba por el suelo y había roto dos anaqueles, derrumbando el contenido en el polvo y el lodo...

— Era claro. ¿Qué importaba saber si había tenido razón San Epifanio, si se había equivocado San Anselmo, si Orígenes estaba en lo justo, y si había mentido Lampridio? Lo esencial era los cascos; las casitas, los ranchos, el dinero; lo demás que lo partiera un rayo.

— Ya la familia de Carranco fué á ver á Comonfort.

— Y el hombre, que tiene corazón de mantequilla, se conmovió, lloró con la mujer y los niños, les regaló un ramo con tres onzas y acabó por prometerles que haría lo posible porque el pícaro quedara lo menos mal, una vez que la justicia hubiera dictado su fallo.

— Es, dije yo, la compasión al caído, al pobre, al desamparado.

— ¡El caído, el pobre, el desamparado! repitió Prieto con retintín. Distingamos: el caído en el fango, el pobre por su flojera ó su maldad, el desamparado por sus picardías, merecen quedarse en la sima, en la pobreza, en el desamparo.

Llegábamos á la Huerta de San Francisco, cuando vimos un batallón de obreros, como cuatrocientos. Iban

á derribar el convento que había albergado á los cristianizadores de México: á los Gante, á los Mendieta y á los Sahagún; el convento de donde había salido la civilización á iluminar el Nuevo Mundo, el convento de los padres de los indios y los consejeros de los criollos.

